

Varios Autores

TERRITORIO, URBANISMO  
Y  
DOMINACIÓN



*La Neurosis o Las Barricadas Ed.  
Colección Minianarquismos*



Este cuadernillo ha sido editado por La Neurosis o Las Barricadas  
en el mes de agosto de 2013 en Madrid:

<http://www.laneurosis.net/>

Puedes copiar y reproducir lo que quieras con total tranquilidad.

## ÍNDICE:

<i>Introducción</i> .....	3
<i>La urbe totalitaria</i> por Miquel Amorós.....	5
<i>¡Más simple, más divertido, más móvil, más seguro!</i> por el Comité Invisible.....	13
<i>Privación del espacio</i> por Cuadernos de Negación.....	19

## INTRODUCCIÓN

Este cuadernillo que tienes entre tus manos presenta ante ti una breve pero contundente selección de textos sobre las diferentes formas en las que se manifiesta la opresión en la ordenación del territorio, por decirlo de una manera simplificada.

No pretendemos adelantar ningún aspecto fundamental sobre el contenido, si bien es cierto que advertimos que los textos elegidos no han sido concebidos para presentar o divulgar una alternativa al actual estado de cosas en relación a los problemas presentados por el urbanismo y sus alrededores. No significa esto que el anarquismo no se haya preocupado por ir más allá de la crítica al territorio capitalista a lo largo de su historia. Todo lo contrario, textos sobre alternativas al urbanismo oficial hay unos cuantos y firmados por figuras históricas del anarquismo que se podrían considerar voces autorizadas por su labor profesional, como Kropotkin o Reclus, destacados geógrafos, que son sólo un ejemplo de la tradición urbanística libertaria.

Voces autorizadas del anarquismo contemporáneo señalan la herencia del pensamiento urbanístico libertario con respecto a algunas ideas del socialismo utópico, apostando por el equilibrio del mundo rural y el urbano para dar como resultado pequeñas ciudades al estilo de las ciudades verdes que posibiliten una organización político-social descentralizada. Ciudades en equilibrio con su entorno natural, alejadas de las complejas y caóticas construcciones mastodónticas del mundo capitalista avanzado. Obviamente el desarrollo teórico de este tipo de proyectos no acaba aquí, pese a que las propuestas responden a una cierta homogeneidad de criterios pues las ideas-fuerza son claras al respecto.

La historia del movimiento libertario no es sólo un determinado corpus de ideas sino que es además un conjunto de prácticas sociales e individuales, por lo que las ideas anarquistas han sido puestas en práctica durante casi dos siglos en muy diferentes campos. Y, por supuesto, la ordenación del territorio no iba a ser menos. Pese a que el sistema de dominación se extiende por todos los ámbitos de la realidad con una eficiencia desconocida en cualquier etapa anterior de la historia, no han cesado los anarquistas en poner en marcha proyectos libertarios, vinculados en las últimas décadas, en nuestro entorno más cercano al menos, al mundo rural. Es cierto que los proyectos de liberación de espacios urbanos, es decir, de okupación, es un fenómeno relevante de lucha que tiene eso sí unas dimensiones distintas a las de los proyectos rurales donde se ponen en marcha pequeñas sociedades libertarias en miniatura, aunque limitadas por el entorno en el que estas se desenvuelven. ¿Significa esto que el movimiento libertario actual entiende que el espacio ideal en que desarrollar la vida social basada en su sistema de valores sólo puede ser en núcleos rurales? Probablemente no. Es cierto que el constante ataque de los anarquistas a la metrópolis, a la gran urbe, podría dar la sensación de que la

alternativa serían las pequeñas poblaciones identificables con aldeas o pueblos. Aunque hoy en día las pequeñas poblaciones son las únicas compatibles con un cierto equilibrio ecológico, esto no significa que esta fórmula escogida sea la única posible en otro contexto. Hoy por cuestiones numéricas evidentes las cosas son así pero eso no significa que la puesta en práctica de las ideas anarquistas sólo sea totalmente realizable en poblaciones muy reducidas. O quizás sí. Es imposible medir o evaluar hasta qué punto el movimiento libertario ha podido perder la fe en las comunas entendidas como pequeñas ciudades en favor de las aldeas o si esta fórmula organizativa es fruto de unas necesidades y circunstancias concretas. Sólo unas circunstancias futuras más propicias nos podrían ayudar a averiguarlo. Claramente hay un rechazo por la gran ciudad por cuanto es al urbanismo capitalista lo que el trabajo asalariado a la economía capitalista, es decir, no se puede autogestionar para una sociedad decente lo ideado o surgido para la dominación y destrucción de lo que de positivo tiene el ser humano, por decirlo de la forma más simplificada posible.

Pese a que hemos restringido el contenido de este cuadernillo, como ya dijimos, a textos de crítica del espacio sometido a los valores de las clases dominantes creemos que el resultado es positivo. La lectora o el lector será quien tenga ahora que juzgarlo.

La Neurosis o Las Barricadas Ed.

## LA URBE TOTALITARIA

«Nos debemos persuadir de que está en la naturaleza de lo verdadero salir cuando su tiempo llega, y manifestarse sólo cuando llega; así, no se manifiesta demasiado pronto ni encuentra un público inmaduro que le reciba».

Hegel, *La Fenomenología del Espíritu*

Durante los años noventa se dieron plenamente una serie de cambios sociales lentamente gestados en periodos anteriores, cambios que pusieron de relieve el advenimiento de una nueva época bastante más inquietante que la precedente. El paso de una economía basada en la producción a otra asentada en los servicios, el imperio de las finanzas sobre los Estados, la desregularización de los mercados (incluido el del trabajo), la invasión de las nuevas tecnologías con la subsiguiente artificialización del entorno vital, el auge de los medios de comunicación unilateral, la mercantilización y privatización completas del vivir, el ascenso de formas de control social totalitarias... son realidades acontecidas bajo la presión de necesidades nuevas, las que impone el mundo donde reinan condiciones económicas globalizadoras. Dichas condiciones pueden reducirse a tres: la eficacia técnica, la movilidad acelerada y el perpetuo presente. Lo sorprendente del nuevo orden creado no es la rapidez de los cambios y la destrucción de todo lo que se resiste, incluidos modos de sentir, de pensar o de actuar, sino la ausencia de oposición significativa. Diríase que son los cambios constantes quienes han borrado la memoria a la población obrera e invalidado la experiencia, las referencias, el criterio y las demás bases de la objetividad y verdad, impidiendo que los trabajadores sacasen las conclusiones implícitas en sus derrotas. Además los cambios han pulverizado a la misma clase obrera, disolviendo cualquier relación y convirtiéndola en masa anómica. Lo cierto es que la adaptación a las exigencias de la globalización requiere acabar con los mismísimos fundamentos de la conciencia histórica, con el propio pensamiento de clase. Para que las masas sean ejecutoras involuntarias de las leyes del mercado mundial han de estar atomizadas, en continuo movimiento y sumergidas en un inacabable presente repleto de novedades dispuestas *ad hoc* para ser consumidas en el acto.

Tantos cambios tenían que afectar a las ciudades, que, gracias a una pérdida imparable de identidad, llevan camino de convertirse en una versión de una misma y única urbe, o mejor, en partes de una sola megalópolis tentacular, un nodo de la red financiera mundial. Según el dinamismo que presente, aquél puede ser reorganizado funcionalmente (como en Cataluña), vaciado (como en Aragón), o colmatado (como en el País Vasco). En el espacio se juega el mayor envite del poder, y el nuevo urbanismo, forjado bajo el dominio de necesidades que ya son universales, es la técnica idónea para instrumentalizar el espacio, acabando así tanto con los conflictos presentes como con la memoria de los combates antiguos. Se está creando un nuevo

modo de vida uniforme, dependiente de artilugios, vigilado, frenético, dentro de un clima existencial amorfo, que los dirigentes dicen que es el del futuro. La nueva economía obliga a nuevas costumbres, a nuevas maneras de habitar y vivir, incompatibles con la existencia de ciudades como las de antes y con habitantes como los de antes. Esa nueva concepción de la vida basada en el consumo, el movimiento y la soledad, es decir, en la ausencia total de relaciones humanas, exige una artificialización higiénica del espacio a realizar mediante una reestructuración sobre parámetros técnicos. Lo técnico va siempre por delante del ideal, a no ser que sea el ideal. Los dirigentes de cualquier ciudad hablan todos esa lengua de la innovación tecnoeconómica que no cesa: «una ciudad no puede parar», tiene que «reinventarse», «renovarse», «refundarse», «rejuvenecerse», etc., para lo que habrá de «subirse al tren de la modernidad», «impulsar el papel de las nuevas tecnologías», «desarrollar parques empresariales», «mejorar la oferta cultural y lúdica», «construir nuevos hoteles», tener una parada del AVE, levantar «nuevos edificios emblemáticos», imponer una movilidad «sostenible» y demás cantinela. Los Planes Generales de Ordenación Urbana recalificaron terrenos industriales y dieron carta blanca a la construcción de colmenas en altura. Después las modificaciones y los planes parciales han favorecido operaciones especulativas como los proyectos Forum 2004, Copa América, la Expo 2008, el IV Centenario del Quijote o las Olimpiadas 2012. Los pelotazos inmobiliarios que *mueven* la economía y financian los planes desarrollistas significan una transferencia enorme de dinero público hacia las constructoras. Por eso la adjudicación discrecional de obras públicas es un arma política, pues también sirve para financiar a los partidos y enriquecer a sus dirigentes e intermediarios (el 10% de los costes consiste en sobornos). Los proyectos especulativos «privados» son al menos tanto o más importantes. El 80% de los ingresos de los ayuntamientos están relacionados con el mercado inmobiliario, el principal mercado de capitales del país. Así, pese a que la población envejece y disminuye, el último año se construyeron y vendieron 650.000 nuevas casas, operaciones muchas de ellas relacionadas con el blanqueo de dinero. El espectáculo de la urbanización a todo gas va siempre acompañado de la especulación y la corrupción sin trabas.

La llamada «crisis fiscal del Estado» permitió que en la explotación de las «potencialidades» urbanas llevaran la iniciativa los constructores, los políticos locales y los arquitectos (hacer arquitectura es meterse de lleno en la política de transformación totalitaria de las ciudades). Esa unificación por la base de la clase dominante ha tenido consecuencias más graves que la corrupción y el fraude. Los dirigentes se han dado cuenta de que tras la urbanización depredadora nacía una nueva sociedad más desequilibrada que comportaba un modo de vida emocionalmente desestabilizado y un nuevo tipo de hombre, frágil, narcisista y desarraigado. La arquitectura y el urbanismo eran las

herramientas de fabricación del *cocooning* de aquel nuevo tipo, liberado del trabajo de relacionarse con sus vecinos, un ciudadano dócil, automovilista y controlable. Como se trata de un proceso que todavía anda por su primer estadio y no de una situación acabada, todos los medios han de ser puestos tras ese único objetivo. La nueva sociedad no podía desarrollarse, ni en las ciudades franquistas semicompactas con centros históricos sin museificar y con barrios populares todavía en pie, ni en los pueblos rurales con su agricultura de subsistencia. Sobrevivían lazos de sociabilidad que aún permitían los fines comunes y la acción colectiva, reproduciéndose un medio social extraño a los valores dominantes. Unas estructuras espaciales al servicio de la circulación económica eran indispensables para eliminar aquellos lazos, borrar la memoria del pasado y condensar los nuevos valores de la dominación. Estas son las conurbaciones, áreas nacidas de la fusión desordenada de varios núcleos de población formando aglomerados dependientes y jerarquizados de dimensiones notables, a los que los técnicos llaman *sistemas urbanos*. Unos habitantes separados entre sí, emocionalmente desestabilizados, necesitaban una especie de inmenso autoservicio urbano, un frenesí edificado donde todo es movimiento y consumo; en fin, una urbe fagocitaria descoyuntada orgánicamente y separada de su entorno, tan indiferente al abastecimiento del agua y la energía que consume como al destino de sus basuras y desperdicios. Los residuos pueden ser fuente de beneficios, como lo es la escasez del agua y el transporte de energía (ya existe un mercado de la contaminación que opera con las emisiones de CO<sub>2</sub>), pero sobre todo son fuente de inspiración; lo dice Frank Gehry, un arquitecto del poder que empezó construyendo *shopping malls*. Los ecologistas y los ciudadanistas aportaron su lenguaje; por eso los políticos, con la mejor de las intenciones, califican de «verde» y «sostenible» todo lo que tenga hierba, no provoque atascos y dé hacia el sol (si fueran grandes los llamarían *ecomonumentos*). Los arquitectos elaboraron planes de *rehabilitación* de los centros degradados basados en la descatalogación del mayor número posible de edificios y en la peatonalización de las calles, con vistas a su adaptación al turismo.

Nuevas autopistas, nuevas ampliaciones portuarias y nuevas pistas de aterrizaje han de situar a la urbe en el mapa de la «nueva economía», por lo que todo el mundo dirigente trabaja a marchas forzadas. Cada año se construyen en el país veinticuatro catedrales del relax consumidor, los centros comerciales, visitados anualmente por más de 23 millones de paisanos. A veces ocurre que el ciudadano anda un poco rezagado por culpa de recuerdos del pasado, no tan lejano, y tiene dificultades en ver el *confort* y la belleza de las nuevas «máquinas del vivir» (o «ecopisos») y de sus emblemas monumentales. Pero son precisamente esas formas nuevas, construidas con nuevos materiales en cuya fabricación puede que no haya «intervenido mano de obra infantil», empleando nuevas técnicas que «no perjudicarán al medio

ambiente», y, eso sí fundadas en la privatización absoluta, el desplazamiento constante y la videovigilancia, las que traducen las nuevas relaciones sociales. El nuevo hábitat ciudadano es una especie de molde, o mejor, un aparato ortopédico que sirve para enderezar al nuevo hombre. De forma que, viviendo en tal medio, el hombre artificial del presente sea el hombre sin raíces del futuro.

El paradigma del nuevo estilo de vida en los granjas de engorde que llaman ciudades es el de los altos ejecutivos que las *vedettes* del espectáculo exhiben en las pantallas. Nada que ver con el viejo estilo burgués, orientado a la opulencia y el disfrute exclusivo de minorías. El nuevo estilo no es para gozar sino para mostrarse. La ciudad es ahora espectáculo. Eso tiene traducción urbana, especialmente en los monumentos. Los edificios monumentales típicamente burgueses se integran en un entorno clasista, definiendo el sector dominante de la ciudad. Tanto si son viviendas, como grandes almacenes o estaciones de ferrocarril, la arquitectura burguesa trata de ordenar jerárquicamente el entramado urbano donde se ubican. El arquitecto burgués más bien «aburguesa» el espacio, no lo anula. Sin embargo no ocurrió así con la arquitectura franquista de los sesenta, apoyada en una industria de la construcción incipiente y en una imponente especulación. Los edificios franquistas, concebidos no como partes de un conjunto sino como hecho singular (y singular negocio), dislocan el espacio urbano, son como objetos extraños incrustados en barrios ajenos, rompiendo la trama, hasta el punto que los desorganizan y desertifican. Son monumentos a la amnesia, no al recuerdo; a través de ellos la ciudad expulsa su autenticidad y su historia, y se vuelve transparente y vulgar. La nueva arquitectura, provista de medios mucho más poderosos, magnifica esos efectos de superficialidad y anomia urbicida. Unos cuantos edificios «de marca» y ya tenemos la identidad de la ciudad reducida a un logo y más fragmentada que con el caos automovilista. Fragmentada y llena de turistas. Heredera de la arquitectura fascista, la nueva arquitectura ensalza el poder en sí, que hoy es el de la técnica. Tener estilo particular, lo que se dice tener, no tiene. Busca disociar geoméricamente el espacio, mecanizar el hábitat, estandarizar la construcción, imponer el ángulo recto, el cubo de aire. El modelo son los aeropuertos, por lo que las nuevas ciudades habrían de ordenarse en función de aquellos. Serán en el futuro una prolongación del complejo aeroportuario, cuyo principal ariete es el AVE. El realismo desencarnado del llamado *estilo internacional* ha venido a ser el más apropiado, pero quizás resulte demasiado verídico en estos momentos del proceso y los dirigentes, pecando de verbalismo arquitectónico, hayan preferido una arquitectura «de autor» para los eventos espectaculares que han marcado los inicios de ambiciosas remodelaciones urbanísticas: el Guggenheim de Bilbao, la torre Agbar de Barcelona, la estación de Las Delicias de Zaragoza, el Kursaal de Donosti, l'Auditori de Valencia..., de los cuales lo



mejor que puede decirse es que cuando ardan resultarán imponentes. Los políticos y los hombres de negocios que impulsan los cambios aspiran a que las ciudades se les parezcan, o que se asemejen a sus ambiciones, por eso todavía se necesitan edificios extravagantes y sobre todo gigantescos, susceptibles por sus dimensiones de traducir la enormidad del poder y la emoción mercantil que conmueve a los promotores.

Esta voluntad en hallar una expresión mayúscula del nuevo orden establecido, no deja de lado los aspectos más espectaculares que mejor pueden redundar en su beneficio, como por ejemplo el diseño. Estamos en el periodo romántico del nuevo orden y éste necesita símbolos arquitectónicos, no para que vivan dentro sus dirigentes sino para que representen los ideales de la nueva sociedad globalizada. A través de la verticalidad y del diseño los dirigentes persiguen no sólo la explotación máxima del suelo edificable o la neutralización de la calle, sino la exaltación de aquellos ideales perfilados por la técnica y las finanzas.

Las características principales que definen el nuevo orden urbano son la destrucción del campo, los cinturones de asfalto, la zonificación extrema, la suburbanización creciente, la multiplicación de espacios neutros, la verticalización, el deterioro de los individuos y la tecnovigilancia. La arquitectura del *bulldozer* típica del orden nuevo nace de la separación entre el lugar y la función, entre la vivienda y el trabajo, entre el abastecimiento y el ocio. Derrumbados los restos de la antigua unidad orgánica, la ciudad pierde sus contornos y el ciudadano está obligado a recorrer grandes distancias para realizar cualquier actividad, dependiendo totalmente del coche y del teléfono móvil. La circulación es una función separada, autónoma, la más influyente en la determinación de la nueva morfología de las ciudades. Las ciudades, habitadas por gente en movimiento, se consagran al uso generalizado del automóvil. El coche, antiguo símbolo de *standing*, es ahora la prótesis principal que comunica al individuo con la ciudad. Nótese que la supuesta libertad de movimientos que debía de proporcionar al usuario, es en realidad libertad de circular por el territorio de la mercancía, libertad para cumplir las leyes dinámicas del mercado. Por decirlo de otro modo, el automovilista no puede circular en sentido contrario. El lugar en el escalafón social se descubre en la correspondiente jerarquización del territorio producida por la expansión ilimitada de la urbe: los trabajadores habitan los distritos exteriores y las primeras o segundas coronas; los pobres precarios o indocumentados viven en los *ghettos*; los dirigentes viven en el centro o en las zonas residenciales de lujo; la clase media, entre unos y otros. El espacio urbano abierto va rellenándose con zonas verdes neutrales y vacíos soleados, mientras la calle desaparece en tanto que espacio público. El espacio público en su conjunto se neutraliza al perder su función de lugar de encuentro y relación (lugar de libertad), y se transforma en un fondo muerto que acompaña a la aglomeración y aísla

sus partes (lugar de desconexión). El espacio sólo sirve para contener una muchedumbre en movimiento dirigido, no para ir contra corriente o pararse.

Los procesos de dispersión y atomización provocados por la instalación de la lógica de las máquinas en la vida cotidiana quedan reflejados en el tratamiento que la arquitectura moderna inflige a los individuos. Estos son contemplados como una suma de constantes sicobiológicas, una especie de entes con virtudes mecánicas. La casa deja de ser el producto artesanal con que sueñan los compradores de adosados y pasa a ser un producto industrial con formas diseñadas expresamente para embutir a los inquilinos, a los que previamente se les han simplificado las necesidades: trabajar, circular, consumir, divertirse, dormir. Ha de ser completamente cerrada (tendencia a suprimir balcones, empequeñecer ventanas y blindar puertas) y equipada con artefactos, para satisfacer tanto la obsesión de seguridad del habitante atemorizado como la necesidad de autonomía que exige su intimidad enfermiza y absorbente. Los aspectos comunitarios de las viviendas han de ser mínimos de forma que nadie conozca a nadie y pueda vivir en la mayor privacidad; las funciones antaño sociales de los vecinos han de intentar convertirse en funciones técnicas a resolver individualmente o mediante el recurso a profesionales. La casa es una celda porque la sociedad se ha vuelto prisión. Las heridas que la sociedad de masas inflige al individuo son verdaderos indicadores de la mentira dominante. La falta de integración del individuo con el medio es realmente traumática: la pérdida de referentes comunes, el anonimato y el miedo conducen a la desestructuración social de las conductas, la insolidaridad, la neurosis securitaria y los comportamientos disfuncionales extremos, todo lo cual abre las puertas a patologías como la obesidad, la bulimia, la anorexia, las adicciones, el consumo compulsivo, la hipocondría, el estrés, las depresiones, los modernos síndromes... Toda la neurosis del hombre moderno podría resumirse sacando la media entre los síntomas del hombre encerrado y los del hombre promiscuo, fan de una estrella del *rock* o hincha de un equipo de fútbol. Si a ello añadimos el deseo de ser eternamente menores de edad engendrado por el pánico a la vejez y una creciente agresividad hacia lo distinto, tenemos lo que W. Reich calificó de peste emocional, la base psicológica de masas del fascismo. Por otra parte, el cuerpo humano sufre constantes agresiones en un medio urbano insalubre donde la contaminación, el ruido y las ondas de telefonía se asocian con la alimentación industrial y el consumo de ansiolíticos para causar alergias, cardiopatías, inmunodeficiencias, diabetes o cáncer, típicas enfermedades modernas que denuncian el estado de decadencia física de una población con hábitos de vida patógenos que ni las dietas televisivas, ni los ajardinamientos, ni la recogida selectiva de basuras pueden cambiar. La ciudad nos vuelve a todos a la vez, enfermos, neuróticos y fascistas.

Los dirigentes democráticos han conseguido por medios técnicos lo que los regímenes totalitarios lograron por medios políticos y policiales: la masificación por el aislamiento total, la movilidad incesante y el control absoluto. La urbe contemporánea es suavemente totalitaria porque es la realización de la utopía nazi-estalinista sin *gulags* ni ruido de cristales rotos. Asistimos al fin de las modalidades de control social propias de la época burguesa clásica. La familia, la fábrica y la cárcel eran los medios disciplinarios susceptibles de integrar o reintegrar a los individuos en la sociedad de clases; el Estado del «bienestar» añadiría la escuela, el sindicato y la asistencia social. En la fase superior de la dominación en la que nos encontramos el sistema disciplinario es caro y tenido por ineficaz, dado que la finalidad ya no es la inserción o la rehabilitación de la peligrosidad social, sino su neutralización y contención. Por vez primera, se parte del principio de la inasimilabilidad de sectores enteros de la población, los excluidos o autoexcluidos del mercado, fácilmente identificables como jóvenes, independentistas, inmigrantes, precarios, mendigos, toxicómanos, minorías religiosas..., sectores cuyo potencial riesgo social hay que detectar, aislar y gestionar. Ya no solamente se persigue la infracción de la ley, sino la presupuesta voluntad de infringir. De esta forma el tratamiento de la exclusión social o de la protesta que genera deja las consideraciones políticas al margen y se vuelve directamente punitivo. En último extremo, todo el mundo es un infractor en potencia. La cuestión social se convierte así en cuestión criminal, conversión a la que contribuyen una serie de leyes, reformas o decretos que inculcan o suspenden derechos y que introducen un estado de excepción a la carta. Por ejemplo, la creación de la figura jurídica del «sospechoso» cubrirá legalmente las listas negras, la prisión sin juicio y la expulsión arbitraria. Se termina la separación de poderes, es decir, la independencia formal entre el gobierno, el parlamento y la judicatura. Entonces se instaura una guerra civil de baja intensidad que permite la represión encubierta de la población mal integrada, o sea, «sospechosa». Los efectos sobre la ciudad son importantes puesto que la vigilancia propiamente carcelaria se extiende por todas sus calles. Primero son los bancos, centros comerciales, centros de ocio, edificios administrativos, estaciones, aeropuertos, etc., quienes ponen en marcha complejos sistemas de seguridad e identificación e instalan cámaras de videovigilancia; después, para impedir robos y sabotajes de empleados, se vigilan los lugares de trabajo; finalmente, es todo el espacio urbano el que se somete a la neurosis securitaria. Los vecinos, estimulados por los consistorios, contribuyen delatando conductas que consideran incívicas. La ciudad se acomoda a la cárcel con cualquier pretexto: los terroristas, los asesinos en serie, los pedófilos, los delincuentes juveniles, los extranjeros indocumentados..., incluso los fumadores. Todo es poco para calmar la histeria ciudadana que los medios de comunicación han fomentado. Si la familia o el sindicato entran en crisis como herramienta disciplinaria, otros

instrumentos de contención y guarda experimentan un auge sin precedentes: el sistema de enseñanza, el complejo carcelario y el *ghetto*. La escolarización extensiva y prolongada es la mejor manera de localizar y domesticar a la población juvenil. La proliferación de modalidades de encierro y de libertad «vigilada» hace lo propio con la población trasgresora. Por fin, el elevado precio de la vivienda y el *mobbing* alejan a la población indeseable de los escenarios centrales donde rige la tolerancia cero, para concentrarla en suburbios acotados abandonados a sí mismos. De todo lo precedente no resultará aventurado deducir que el orden en las nuevas metrópolis donde nadie se puede esconder, es un orden totalitario, fascista.

La lucha por la liberación del espacio es una lucha frontal contra su privatización y mercantilización, lucha que transcurre en condiciones, ya lo hemos dicho, fascistas. Dichas condiciones dejan en situación muy difícil a los partidarios de la expropiación y de la gestión colectiva del espacio, y en cambio favorecen a los que prefieren decorar, paliar y administrar su degradación. Sin embargo la reconstrucción de una comunidad libre en un marco de relaciones fraternales e igualitarias depende absolutamente de la existencia de circuitos ajenos al capital y la mercancía, es decir, de un territorio que se ha de sustraer al mercado donde pueda asentarse y protegerse la población segregada. Las anteriores luchas contra el capital han contado siempre con zonas exteriores y opacas. Ahora no. Por lo tanto, hay que crearlas, pero no contentarse con eso.

Miquel Amorós  
Abril, 2006

**¡MÁS SIMPLE, MÁS DIVERTIDO, MÁS MÓVIL, MÁS SEGURO!**

Que ya no se nos hable más de «la ciudad» y de «el campo», y menos aún de su antigua oposición. Eso que se extiende a nuestro alrededor no la recuerda ni de cerca ni de lejos: esta es una única capa urbana, sin forma y sin orden, una zona desolada, indefinida e ilimitada, un *continuum* mundial de hipercentros museificados y de parques naturales, de grandes urbanizaciones e inmensas explotaciones agrícolas, de zonas industriales y urbanizadas, de casas rurales y de bares de moda: la metrópolis. Existió la ciudad antigua, la ciudad medieval o la ciudad moderna: no hay ciudad metropolitana. La metrópolis quiere ser la síntesis de todo el territorio. Todo cohabita en ella, no tanto geográficamente sino por el tejido de sus redes.

Porque acaba de desaparecer es por lo que ahora la ciudad se ha fetichizado, como la historia. Las manufacturas de Lille terminan en los teatros, el centro de hormigón del Havre es patrimonio de la Unesco. En Pekín, los *hutongs* que rodean la Ciudad prohibida son destruidos para ser reconstruidos, un poco más allá, lejos de la atención de los curiosos. En Troyes, se construyen las fachadas ensamblando las vigas sobre edificios en *parpaing* (muros de piedra tallada), un arte del plagio que no existe sin evocar las *boutiques* de estilo victoriano de Disneyland París. Los centros históricos, durante tanto tiempo asientos de la sedición, encuentran sensatamente su lugar en el organigrama de la metrópolis. Son entregados al turismo y al consumo ostentoso. Son los islotes de los festivos comerciales, que se mantienen por el guirigay y la estética, y también por la fuerza. La asfixiante cursilería de los mercadillos de Navidad se paga con más vigilantes y patrullas municipales. El control se integra maravillosamente en el paisaje de la mercancía, mostrando su cara autoritaria a quien la quiera mirar. La época es una mezcla, mezcla de musiquillas, de matracas telescópicas y de algodón de azúcar. Aquello que implica vigilancia policial, ¡un encanto!

Ese gusto por lo auténtico —entrecomillas—, y el control que va con él, acompaña a la pequeña burguesía en su colonización de los barrios populares. Empujada fuera de los hipercentros, va a buscar allí una «vida de barrio» que nunca encontraría entre los edificios Phénix. Y expulsando a los pobres, los coches y los inmigrantes, dejando el terreno impecable, limpio, extrayendo microbios, destruye lo que ella misma venía buscando. Sobre un cartel municipal, un barrendero tiende la mano a un guardián de la paz; el eslogan dice: «Montauban, ciudad limpia».

La decencia que obliga a los urbanistas a no hablar ya de «la ciudad», que ellos mismos han destruido, sino de «lo urbano», debería incitarles también a no hablar más de «el campo», que ya no existe. Eso que existe, en su lugar, es un paisaje que se enseña a los locos estresados y desarraigados un pasado que se puede representar ahora que los campesinos han sido reducidos a tan poco. Es un marketing que se despliega sobre un «territorio» donde

todo ha de ser valorado o constituido en patrimonio. Siempre es la misma vida congelada que conquista hasta los lugares más recónditos.

La metrópolis es esta muerte simultánea de la ciudad y el campo, la encrucijada donde convergen todas las clases medias, en este medio de la clase media, que se estira indefinidamente desde el éxodo rural hasta la «suburbanización». La vitrificación del territorio mundial favorece el cinismo de la arquitectura contemporánea. Un instituto, un hospital, una mediateca son otras tantas variaciones sobre el mismo tema: transparencia, neutralidad, uniformidad. Las construcciones, masivas y fluidas, concebidas sin la necesidad de saber lo que acogerán y que podrían estar tan bien aquí como en cualquier otra parte. ¿Qué hacer con las torres de oficinas de la Defense, de la Part Dieu o de Euralille? La expresión «flamante» contrae en sí todo su destino. Un viajero escocés, después de que los insurgentes quemasen el Ayuntamiento de París en mayo de 1871, testimonia el singular esplendor del poder en llamas: «( ) nunca había imaginado nada más bello; es soberbio. Las gentes de la Comuna son horriblemente deshonestas, no lo niego; pero ¡qué artistas! ¡Y no han sido conscientes de su obra! (...) He visto las ruinas de Amalfi batidas por el azul oleaje del Mediterráneo, las ruinas de los templos de Tung-hoor en el Punjab; he visto Roma y muchas otras cosas: nada se puede comparar a lo que ha sucedido esta noche ante mis ojos».

Quedan, atrapados en la malla metropolitana, algunos fragmentos de ciudad y algunos residuos del campo. Pero lo vivaz, él, ha hecho su barrio en los lugares de relegación. La paradoja quiere que los sitios aparentemente más inhabitables sean los únicos en ser habitados de cualquier manera. Un viejo barracón ocupado siempre estará más habitado que los apartamentos de *standing* en los que no se puede más que colocar los muebles y perfeccionar la decoración a la espera de la siguiente mudanza. En muchas megalópolis las chabolas son los últimos lugares vivos, vivibles y, sin duda, también los más mortales. Son el reverso del decorado electrónico de la metrópolis mundial. Las ciudades-dormitorio del arrabal Norte de París, abandonadas por una pequeña burguesía partida a la caza de los *chalets*, devueltas a la vida por el desempleo masivo, resplandecen más intensamente que el Barrio Latino. Tanto por la palabra como por el fuego.

El incendio de noviembre de 2005 no nace de la desposesión extrema, como tanto se ha interpretado, sino por el contrario de la plena posesión de un territorio. Se pueden quemar los coches porque así se molesta, pero para propagar el motín durante un mes y mantener largo tiempo en jaque a la policía es preciso saber organizarse, tener cómplices, conocer perfectamente el terreno, compartir un lenguaje y un enemigo común. Los kilómetros y las semanas no han impedido la propagación del fuego. A las primeras hogueras respondieron otras allí donde menos se esperaban. El rumor no se transmite sólo porque se escuche.

La metrópolis es el territorio de un conflicto incesante de baja intensidad, en el que la toma de Basora, de Mogadiscio o de Nablus marcan los momentos culminantes. La ciudad, para los militares, fue durante mucho tiempo un lugar a evitar, incluso a asediar; la metrópolis, ella, es totalmente compatible con la guerra. El conflicto armado no es sino un momento en su constante reconfiguración. Las batallas libradas por las grandes potencias recuerdan a un trabajo policial permanentemente continuado, en los agujeros negros de la metrópoli —«que sea en Burkina Faso, en el South Bronx, en Kamagasaki, en Chiapas o en la Courneve»—. Las «intervenciones» no aspiran tanto a la victoria, ni siquiera a restablecer el orden y la paz, sino a continuar una empresa de seguridad siempre en marcha. La guerra ya no es aislable en el tiempo, sino que se atomiza en una serie de microoperaciones, militares y policiales, para asegurar la seguridad.

La policía y el ejército se adaptan paralelamente y paso a paso. Un criminólogo demanda a las CRS<sup>1</sup> que se organicen en pequeñas unidades móviles y profesionalizadas. La institución militar, cuna de métodos disciplinarios, recompone su organización jerárquica por esta causa. Un oficial de la OTAN aplica, a su batallón de artilleros, un «método participativo que implique a cada uno en el análisis, la preparación, la ejecución y la evaluación de una acción. El plan es discutido y rediscutido durante días, a lo largo del entrenamiento y según las últimas ordenes recibidas (...) Nada como un plan elaborado en común para aumentar tanto la adhesión como la motivación».

Las fuerzas armadas no sólo se adaptan a la metrópolis sino que le dan forma. Así, los soldados israelíes, tras la batalla de Nablus, se hacen arquitectos interioristas. Obligados por la guerrilla palestina a abandonar las calles, demasiado peligrosas, aprenden a avanzar vertical y horizontalmente dentro de las edificaciones urbanas, reventando muros para moverse. Un oficial de las fuerzas de defensa israelíes, diplomado en filosofía, explica: «El enemigo interpreta el espacio de un modo clásico, tradicional y yo me niego a seguir su interpretación y caer en sus trampas (...) !Le quiero sorprender! Esta es la esencia de la guerra. Tengo que ganar (...) He escogido la metodología que me permite atravesar los muros... Como un gusano que avanza comiendo lo que encuentra en su camino». Lo urbano es más que el teatro del enfrentamiento, es entonces el propio medio. Esto no sucede sin recordar los consejos de Blanqui, en cierta ocasión al principio de la insurrección, que recomendaba a los futuros insurgentes de París tomar las casas, hacer barricadas en las calles para proteger sus posiciones, romper los muros para comunicarlas, derribar las escaleras al piso principal y agujerear los techos para defenderse de eventuales asaltantes, arrancar las puertas para tapar las ventanas y hacer de cada piso un puesto de tiro.

---

1. Compañía Republicana de Seguridad, cuerpo antidisturbios de la policía.

La metrópolis no es más que esta nebulosa organizada, esta colisión final de la ciudad con el campo es, en consecuencia, un flujo de seres y de cosas. Una corriente que atraviesa toda una red de fibras ópticas, de líneas del TVG,<sup>2</sup> de satélites, de cámaras de videovigilancia para que este mundo jamás pare de correr hacia su ruina. Una corriente que quisiera arrastrar todo hacia una movilidad sin esperanza, que movilice a cada uno. Donde se es asaltado por informaciones igual que por fuerzas hostiles. Donde no queda más que correr. Donde se vuelve difícil esperar, incluso el enésimo tren del metro.

La multiplicación de los medios de desplazamiento y de comunicación nos arranca sin interrupción del aquí y del ahora con la tentación de ser siempre otros. Tomar un TGV, un RER,<sup>3</sup> un teléfono para estar ya allí. Pero esta movilidad no conlleva sino desarraigo, aislamiento, exilio. Esta sería insoportable para cualquiera que no estuviera desde siempre modificado por el espacio privado, por el interior portátil. La burbuja privada no estalla sino que se pone a flotar. No es el fin del *cocooning* sino su puesta en movimiento. En una estación, en un centro comercial, en un banco de negocios, de un hotel a otro, siempre este extrañamiento, tan banal, tan conocido que tiene carácter de profunda familiaridad. La lujuria de la metrópolis consiste en esta mezcla de ambientes definidos, susceptibles de recombinarse indefinidamente. Los centros urbanos se ofrecen no como lugares idénticos sino como ofertas originales de ambientes, entre las que nos movemos, escogiendo una, dejando otra, hasta llegar al extremo de una suerte de *shopping* existencial entre los estilos de los bares, de la gente, de los diseños o entre los playlists de un iPod. «Con mi lector de MP3, soy el amo de mi mundo». Para sobrevivir a la creciente uniformidad, la única opción es reconstituir sin cesar el mundo interior como un niño que reconstruyese en todas partes la misma caseta. Como Robinson reproduciendo su universo de tendero en la isla desierta, salvo que en nuestro caso, la isla desierta es la propia civilización, y en ella ya somos miles de millones los que hemos venido desembarcando.

Precisamente porque es una arquitectura de flujos, la metrópoli es una de las formaciones humanas más vulnerables que nunca ha existido. Flexible, sutil, pero vulnerable. Un cierre total de fronteras a causa de una terrible epidemia, cualquier carencia en un abastecimiento vital, un bloqueo organizado de los ejes de comunicación y todo el decorado se hunde, no consigue esconder las escenas de las matanzas que le acosan permanentemente. Este mundo no iría tan deprisa si no estuviese constantemente perseguido por su desmoronamiento.

Su estructura en red, toda su infraestructura tecnológica de nudos y de conexiones, su arquitectura descentralizada quisieran poner la metrópolis al abrigo de sus inevitables disfunciones. Internet debe resistir un ataque

---

2. El equivalente francés del Tren de Alta Velocidad.

3. Trenes que comunican París con los municipios aledaños.



nuclear. El control permanente de los flujos de información, de hombres y de mercancías debe asegurar la movilidad metropolitana, la trazabilidad, asegurar que nunca falte un palé en el *stock* de mercancías, que nunca se encuentre un billete robado en el comercio o un terrorista en el avión. Gracias a un chip RFID,<sup>4</sup> a un pasaporte biométrico, a un fichero de ADN.

Pero la metrópolis también produce los medios de su propia destrucción. Un experto americano en seguridad explica la derrota en Irak por la capacidad de la guerrilla para sacar provecho a los nuevos modos de comunicación. Para su invasión, los Estados Unidos no dan tanta importancia a la democracia como a las redes cibernéticas. Con ellas traen una de las armas de su derrota. La multiplicación de los teléfonos móviles y de los puntos de acceso a Internet ha surtido a la guerrilla medios inéditos de organización y para convertirse en difícilmente atacable.

Cada red tiene sus puntos débiles, sus nudos que hay que destruir para que se detenga la circulación, para que el tejido estalle. El último gran apagón europeo lo ha mostrado: habrá bastado un incidente en una línea de alta tensión para sumir a buena parte del continente en la oscuridad. El primer gesto para que pueda surgir cualquier cosa en medio de la metrópolis, para que otras se hagan posibles, es detener su propio *perpetuum mobile*. Es lo que han comprendido los rebeldes tailandeses que hacen saltar los repetidores eléctricos. Es lo que han comprendido los anti-CPE,<sup>5</sup> que han bloqueado las universidades para intentar bloquear la economía. Esto es lo que también comprendieron los estibadores americanos en la huelga de octubre de 2002 por el mantenimiento de trescientos empleos y que bloquearon durante diez días los puertos principales de la costa Oeste. La economía americana es tan dependiente de los flujos provenientes de Asia que el coste del bloqueo sería de un millón de euros diarios. Por diez millones se puede hacer vacilar a la mayor potencia económica mundial. Para ciertos «expertos», si la acción se prolongase un mes más, estaríamos asistiendo a «una vuelta a la recesión en los Estados Unidos y una pesadilla para el Sureste asiático».

El Comité Invisible (2007)  
Extraído de la edición argentina  
de *La insurrección que viene*

---

4. Las etiquetas RFID (Radio Frequency IDentification, en español identificación por radiofrecuencia) son unos dispositivos pequeños, similares a una pegatina, que pueden ser adheridas o incorporadas a un producto, un animal o una persona.

5. Se refiere a la lucha contra la Ley de contrato de primer empleo de Francia (en francés *contrat première embauche* - CPE).



## PRIVACIÓN DEL ESPACIO<sup>6</sup>

En la sociedad burguesa se reconoce al individuo en tanto individualidad abstracta, entidad jurídica, política (la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano es explícita al respecto: lo que este texto fundador ensalza ante todo es al individuo en tanto que propietario privado). La constitución de la República suponía la del individuo aislado y la de un ser social de nuevo cuño que tuviese una relación con el prójimo exclusivamente negativa, ya que éste delimita su espacio privado: La fórmula que mejor resume esta ideología de pequeños propietarios: «Mi libertad termina donde comienza la de los demás», es la misma que en la actualidad se ha encarnado en el hábitat residencial! Mijail Bakunin, al considerar que el individuo no existe al margen de la comunidad, decía por el contrario: «La libertad de los demás es la condición de mi propia libertad».

Alèssi Dell'Umbria, *¿Chusma?*

La privación del espacio es una entre tantas privaciones necesarias para la consolidación de la división de nuestra especie en clases. Nuestra existencia como proletarios no parte de tal o cual ideología, sino por el contrario de este tipo de hechos experimentados cotidianamente. La privación del espacio es «simplemente» otro aspecto del proceso histórico general de la desposesión del ser humano del territorio, de su entorno, de su especie y hasta de sí mismo. Condiciones necesarias para el desarrollo totalitario del Capital.

Esa privación de medios de vida, esa desposesión de medios de producción —y la imposición de medios convenientes para la producción de valor—, sumadas al terror de Estado deja entrever la obligación diaria de la venta de la fuerza de trabajo, lo cual constituye la base de esta sociedad. Por ello es que afirmamos que es en su existencia social y material que nuestra clase se contrapone a la propiedad de los medios de vida. Asumiendo esto podremos enfrentar y transformar esta realidad.

Cuando en momentos de agudización de la lucha nuestra clase se «apropia» del espacio no lo posee, más bien cambia su uso. El doble aspecto de la actividad revolucionaria es justamente «apropiarse» colectivamente para abolir ya la propiedad, no después o de inmediato, sino en el mismo acto.

No se trata tan sólo de apropiarse de los espacios habitables, sino de acompañar dicho proceso con la puesta en duda de lo obtenido. Tal como deberá suceder con «los medios de producción», el proletariado no puede simplemente ponerlos en funcionamiento, ignorando su función y su concepción propiamente capitalistas. Se trata de juzgarlos posibles para un mundo nuevo, o simplemente abolirlos, ya que muchos elementos no pueden ser desviados de su uso concebido para el Capital.

---

6. Este texto extraído de *Cuadernos de Negación* está compuesto por varios epígrafes del mismo por lo que la lectura completa, totalmente recomendada, debe hacerse a través de su blog. Debido al tamaño de algunas notas del original hemos dejado sólo aquellas que hemos considerado imprescindibles para la comprensión del texto.

La distribución, forma y funcionamiento del espacio urbano no es algo casual, por el contrario, responde a unos intereses muy concretos. Es con la consolidación de los Estados que comienza a planificarse brutalmente el espacio, ya no tanto para vivir en él sino para perpetuar un orden de cosas existente.

La llamada revolución industrial agudiza esta planificación, abandonando la noción de un espacio no-planificado, más bien relacionado con las necesidades de la vida cotidiana de los seres humanos; reemplazándolo por las necesidades del Capital y su inmanente planificación. En la actualidad los especialistas, esos amantes de las categorías fijas que han aceptado e interiorizado el orden dominante, no hacen más que debatir cuál es el espacio de la ciudad, cuál el del campo, cuál el de «urbanidad», etc. Si no aceptamos o al menos no tenemos en cuenta la generalización del sistema capitalista a todo el planeta, es difícil reconocer la homogeneización del territorio, en su perpetua auto-replicación. Y más difícil aún es comprender que la actual disposición de lo urbano conforma un espacio social determinado que obliga a vivir de una manera también determinada.

Quien habla de urbanismo, habla de reordenamiento territorial, de un espacio diagramado y sostenido para el buen desarrollo de la producción capitalista bajo el control del Estado. Este no es un proceso natural, ni mucho menos pacífico, sino impuesto y mantenido por la fuerza. Fuerza estatal que se manifiesta mediante la represión sistemática, el control, la vigilancia y el disciplinamiento.

Arrancar los hierbajos —vagabundos, mendigos, marginales y otros «irregulares»—, diseñar un espacio de orden que provoque efectos de exclusión y circulación, así como un modelo, esta tarea de jardinería social del Estado es principalmente obra de magistrados, el ejército y la policía. Estos son ante todo urbanistas, planificadores de la ciudad e higienistas de la vida social. Taladradores de las calles, pero también limpiadores, constructores de hospitales, así como destructores de barrios «insalubres», (...) son los organizadores del espacio público y de su gestión. La creación en 1802 de un Consejo de Salubridad de París, rápidamente transformado en Consejo Superior de Sanidad, es llevada a cabo por el Ministerio del Interior. La higiene es asunto de la policía, está dentro del orden público.<sup>7</sup>

## VIDAS PLANAS Y RECTILINEAS

LA línea recta es un invento humano, por eso los múltiples relieves naturales del suelo, luego de ser privados a la mayoría de los humanos, debieron ser aplanados para imitar esa abstracción. Para luego poder ser uniformizados y sistematizados, y finalmente numerados y ordenados.

Pero además, la línea recta es una abstracción, que por su constitución sirve perfectamente al método de interpretación y perpetuación del mundo actual. Por lo tanto sirve de referencia, de modelo, aunque no ha podido

---

7. Phillipe Meyer, *El niño y la razón de Estado*, Editorial Zero ZYX, Madrid, 1980.

concretarse en nuestro entorno. Dicha línea es una especie de consenso —aceptado o ignorado— que proyectamos nosotros mismos en las formas que observamos, simplificándolas y reduciéndolas a nuestro actual modo de entendimiento. Porque principalmente sirve para la obsesiva lógica de medir todo lo que nos rodea, y no para comprender y relacionarnos profundamente con nuestro entorno. Y aunque la pensemos con total naturalidad, no se trata de una verdad que trasciende toda cultura, es simplemente una parte del método de pensamiento dominante de nuestra época, nada más y nada menos. Ha servido de inspiración para un mundo basado en abstracciones que atentan, como podemos vivenciar, contra una vida sana y armónica, o al menos contra otras formas de vida que no imaginamos. Bastaría con tomar unos prolijos planos en papel y ponerlos bajo una lupa para ver que ni allí mismo sus sagradas líneas rectas o sus segmentos son tales. Sin embargo, el anhelo capitalista querría poder convertir todo a la forma de línea, si fuese posible. No permitir a la naturaleza seguir su propio curso: aplanar el suelo y la sociabilidad, enderezar los árboles y enderezar los pensamientos, tratarlo todo de manera distante, mecánica y, por sobre todo, funcional a la lógica mercantil (todos ellos elementos constitutivos de una misma cosmovisión).

El gobierno, las academias, los negocios y la filantropía ponen sus miras y su empeño en la multitud. La caridad y la compasión reales, la estadística y el estudio se orientan a la especulación, igualmente real y el desarrollo industrial acentúa la importante intervención del Estado. En conjunto, se trata de sistematizar la lucha contra las enfermedades, de aliviar la miseria, de preparar terrenos para la especulación, de prevenir los motines y reprimir aquellos no previstos ni prevenidos, de poner a trabajar al ritmo de la fábrica a una población que vive al ritmo de la calle. Esta empresa adquiere las dimensiones de una guerra colonial. Contando con sus artífices, sus ladrones, sus misioneros y sus enfermos; utiliza el estetoscopio y la piqueta, el tribunal y la pala, en las academias y en los suburbios. (Meyer)

## ORDENAMIENTO

CON un espacio estandarizado y reducido a unas posibilidades mínimas, el ordenamiento se vuelve una tarea rutinaria para cualquier sistema de dominación o de producción.

Un conjunto de líneas rectas comienza a proyectar diversos planos de superficies que configuran nuestro espacio a habitar: futuros muros, ventanas, calles, bloques habitacionales, tendidos de electricidad y plazas. La abstracción del lenguaje del proyecto de arquitectura, de ingeniería en nuestra realidad cotidiana cerca nuestra mirada de la ciudad, nos encierran en una constante superposición de planos sobre el horizonte. Nuestro sentido de la vista se encuentra cada vez más atrofiado. Pasamos del plano de la pantalla del computador, de los muros planos de la oficina o de la fábrica al plano de la vidriera del local comercial, del cartel publicitario, de la pantalla gigante, del cartel del colectivo que nos lleva a casa; la mayor profundidad que percibimos es la perspectiva de una calle.

Ya ha pasado mucho tiempo desde que perdimos la experiencia de habitar un espacio social libre del orden del Estado, exuberante en posibilidades. Sustituyéndolo por un orden que a la par que ejecuta su trabajo con el espacio lo hace también con las personas que en él se encuentran y así con su sociabilidad. Se permite cada vez menos a la comunidad hacerse cargo de sus cuestiones, y aparecen las instituciones para mediatizar las relaciones, y castigar a quienes se atrevan a tomar su vida en sus propias manos. El orden territorial no es tan sólo la ausencia de desórdenes y de revueltas, sino principalmente la asignación a cada uno de su lugar en la ciudad/sociedad.

Desaparece el espacio aleatorio, dando paso al espacio determinado. Espacios de trabajo, espacios dormitorio, de ocio, de paseo, de intercambio social o comercial, de circulación, de parada, de regreso a la naturaleza o de impregnación cultural, todos ellos provistos de su cuerpo animador y de su cuerpo de control (...) Ciudades rotas por la circulación y su centro, en lo sucesivo inhabitable, ocupado por la élite del poder que hipertrofia y comercializa todos los signos exteriores de la antigua urbanidad, de la antigua situación de la ciudad. Pero, principalmente, está ocupado por los Estados mayores administrativos y económicos, por vastos complejos de esparcimiento, por grandes edificios que gestionan las diferentes funciones sociales, por las efigies del Estado. El resto de la ciudad surge en una periferia cuyos límites retroceden sin cesar, y se esparce o reagrupa en «nuevas ciudades». La casi totalidad del espacio está ordenado como espacio de prescripción, de una prescripción cada vez más directa. (Meyer)

Con el despliegue industrial, el mundo de la mercancía hizo suyo no sólo el suelo donde se erigen aquellos centros de tortura que son las fábricas, sino que hace lo suyo con el espacio en general y todo es planeado con la mercancía como centro, tanto en su producción como en su circulación. Hasta el espacio aéreo está controlado, o las grandes extensiones de agua... No hay donde huir del Estado y sus normas. No hay donde escapar de las relaciones capitalistas, del Capital como relación social. Y si no hay donde huir la necesidad de una revolución global es innegable.

#### CIRCULACIÓN Y MUTISMO

EL espacio de las calles dejó de ser un lugar de encuentro y comunicación, para convertirse en un lugar de tránsito. «Circule» dicta la voz del Estado a través de la policía en cualquier calle del mundo. Si nos detenemos es porque hemos llegado a destino, estamos frente una vidriera que resguarda las mercancías o ante la orden del semáforo (aquellos extraños artefactos que dan órdenes las 24 horas del día, incluso cuando no hay nadie observándolos). Si fortuitamente irrumpe el diálogo, lo más probable es que sea en el lenguaje dominante: insultos entre automovilistas o la opinión no solicitada sobre alguna parte del cuerpo de un transeúnte, generalmente femenino. En las calles la gente suele transitar en silencio, quienes con mayor frecuencia nos interpelan son las publicidades o sus vendedores, y es de las pocas ocasio-

nes en que un desconocido se dirigirá a nosotros con el único fin de intentar engañarnos y quitarnos dinero.

En el bus, en el tren o en el metro ya no es necesario mirar incómodamente al de enfrente o mirar al suelo durante minutos, está el teléfono móvil para desviar la mirada con una utilidad «justificada». Antes nos quejábamos de que era triste que la gente en los transportes públicos se limitara a intercambiar miradas, sin llegar a hablar, comentar la realidad, ahora ya ni eso. Mientras tanto la proximidad corporal y la estrechez del espacio continúan poniendo brutalmente en evidencia la distancia entre los seres humanos civilizados.

Las rutas, puentes y carreteras en este sentido son el anhelo urbano, el sueño de su indomable *ello*: un espacio exclusivo para la circulación donde detenerse puede llegar a constituir un delito. Creadas para desplazarse sólo en automóvil, con un horizonte triste y monótono donde queda por observar la repetición del paisaje urbano, y cada ciertos kilómetros pueden observarse carteles publicitarios o mensajes del Estado en forma de señalética.

La circulación es la organización del aislamiento. Por ello constituye el problema dominante de las ciudades modernas. Es lo contrario del encuentro, la absorción de las energías disponibles para el encuentro o para cualquier tipo de participación. La participación que se ha hecho imposible se compensa en el espectáculo. El espectáculo se manifiesta en el hábitat y en el desplazamiento (*standard* de alojamiento y vehículos personales). Porque de hecho no se habita en un barrio de una ciudad, sino en el poder. Se habita en alguna parte de la jerarquía. En la cima de esta jerarquía, los rangos pueden medirse por el grado de circulación. El poder se materializa en la obligación de estar presente cotidianamente en lugares cada vez más numerosos (comidas de negocios) y cada vez más alejados unos de otros. Se puede caracterizar al alto dirigente como un hombre que llega a encontrarse en tres capitales diferentes en un sólo día. (Internacional Situacionista, *Programa elemental de la oficina de urbanismo unitario*).

## PARQUES Y PLAZAS

PARA el sistema dominante sólo hay espacio en tanto rentabilidad del metro cuadrado. Ya sea construir una plaza en un barrio pobre para que se conformen con la actual gestión de gobierno y promover una cohesión social forzada o incrementar el valor de los edificios de lujo cercanos al nuevo parque.

En aquellos reducidos, artificiales y cada vez menos presentes espacios verdes, los niños comienzan a comprender la importancia de obedecer reglas como «no pisar el césped», pero también aprenden otra importante lección: para disponer libremente del espacio de lo que se trata, en este caso, es de comprar una parcela de verde e inmediatamente rodearla con una valla.

También proliferan las llamadas plazas duras, a las que se reconoce porque el suelo que las conforma está constituido por losas que, valga la redundancia, enlosan la tierra. Es una superficie cuyo material endurece hasta la propia vista. Y los árboles que se han plantado cumplen una función mera-

mente decorativa. A juego con el suelo, el mobiliario que las viste, en concreto los bancos, definen con la crudeza de su incomodidad, el sentido arisco e inhóspito que suelen tener esas plazas. Aquí los niños aprenden a perder la relación con el verde y a ser huraños.

Lo cierto es que el cemento, el hormigón, el asfalto, el granito o no importa el material con el que se hacen estas plazas, vuelve su superficie hostil a la luz, que al caer sobre ella rebota como si sintiera rechazo de tanta y dura aridez: sepultada la tierra que acogía la luz solar hasta penetrar en ella, estas losas, como sucede con el cristal de espejo de tantos nuevos edificios, rechazan todo lo que viene de fuera, separándolo e impidiendo que entre en el interior. En efecto, estas plazas están diseñadas y pensadas para mantener a la sombra escindida de su luz, para que domine un estado de insolación que crise la afectividad e impida la pausa, el sosiego, la siesta, la contemplación, el dulce perecear...

En estas plazas la sensación es de vaciamiento físico de la experiencia, indistintamente individual y colectiva. Son plazas sin comunidad real, sin alojamiento, inhóspitas para la afectividad más elemental. ¿Por qué? Porque se conciben como plazas para la cultura tal y como esta se entiende hoy (y no es casualidad que se elijan para rodear museos, centros culturales e instituciones estatales): como espacio sin sombra, sin tierra, desarbolado, construido para deslizarse por él.<sup>8</sup> Lo que tenemos, ante tal fenómeno, es la comprobación de cómo la interiorización de lo «cultural» sepulta, por un lado, y encierra, por otro, lo abierto; de cómo el instinto de reunión es usurpado por el principio «capital» de la circulación.

En cada parque o plaza podemos ver también una estatua, un héroe de la intelectualidad, alguien al cual los proletarios debieran admirar como ejemplo de una superación individual respecto de la suya. Puede ser también el de un gran general o político que se encargó de mantener la paz social en algún momento del pasado desde el parlamento o la retaguardia de una sangrienta represión. De cualquier modo la burguesía le hace un guiño simpático a sus héroes muertos, atemorizando y condicionando, de pasada, el pensamiento de los proletarios vivos que pudieran tener en mente la idea de la destrucción de esta sociedad.

Los nombres de las calles suelen coincidir con los personajes recordados en esos monumentos. A veces, surge espontáneamente la intención de modificar los nombres de tal o cual plaza o de una calle que de todos modos conduce al trabajo o a la iglesia. No es despreciable que en estos tiempos surja la espontaneidad proletaria de modificar esos detalles, lo cual presenta la intención de modificar, al menos simbólicamente, el ámbito donde nos desplazamos. El problema suele ser, como de costumbre, la canalización insti-

---

8. La plaza dura es el espacio perfecto para todo tipo de mercadillos, de espacios publicitarios, atracciones, etc., que hacen arriagar en este espacio la ideología de la mercancía.



tucional de esos pequeños gestos al solicitar al municipio que se encargue de ello y lo formalice legalmente, pretendiendo que sea el propio Estado quien remiende «sus errores».

«LAS CASAS SON MÁQUINAS PARA VIVIR»

«En una época cada vez más marcada por el signo de la represión en todos los ámbitos, existe un hombre particularmente repugnante, claramente más represor y confinador que la media. Construye celdas, ‘unités d’habitation’, construye una capital para los nepaleses, construye guetos verticales, nichos para una época que ciertamente les da uso, construye iglesias. El protestante modulator Le Corbusier-Sing Sing, el pintamonas de pastiches neocubistas, hace funcionar la ‘machine a habiter’ para mayor gloria de un dios que ha hecho a su imagen y semejanza carroñas y corbusiers. No hay que olvidar que si el urbanismo moderno no ha sido nunca un arte y aún menos un estilo de vida, sin embargo se ha inspirado siempre en directrices más o menos policiales; y que, al fin y al cabo, los bulevares de Hausmann tenían la anchura de los batallones, lo que les permitía pasar por ellos con toda comodidad sin tener que romper filas. Pero hoy en día, la prisión se convierte en modelo de bloque residencial y la moral cristiana triunfa sin réplica, cuando de pronto nos percatamos de que lo que Le Corbusier pretende es suprimir la calle, de lo cual se enorgullece. Este es su programa: la vida definitivamente dividida en bloques cerrados, en sociedades vigiladas; el final de toda posibilidad de insurrección y de encuentro; la resignación automática». (Internacional Letrista, *Los rascacielos por su raíz*)

LE CORBUSIER (1887-1965) fue un arquitecto suizo considerado el pope de la arquitectura moderna. Tenía una concepción funcionalista de la planificación urbana y de la vivienda. Catalogaba a la vivienda como «una máquina para vivir» añadiendo que «la casa debe ser el estuche de la vida, la máquina de felicidad.» Diseñó su programa de ciudad ideal dividida por áreas funcionales separadas las unas de las otras: vivienda, trabajo, ocio y circulación. La separación de esos cuatro conceptos no termina por definir nada más que la abstracción propia del conocimiento moderno y la cosificación desplegada por la economía. Lo que nos interesa del ejemplo de Le Corbusier y su figura paradigmática —que en el disciplinamiento estudiantil de la arquitectura perdura hasta el día de hoy— es la organización del espacio que hace con esos conceptos, la facilidad con que un hombre puede trazar sobre una hoja en blanco a su mero capricho conceptual la forma en que miles de personas han de vivir su vida. Habitar, trabajar y consumir estarían divididos mediante grandes zonas verdes y unidas entre sí mediante carreteras. Aquí entraba otra parte importante de su proyecto: una ciudad diseñada para el automóvil, por lo tanto más bien excluyente de los seres vivos.

Esta segregación abstracta de la vida humana pudo ser edificada, pero la fuerza de los muros de hormigón armado y la poética del espacio sometido al pensamiento abstracto del orden de la economía terminó siendo una pesadilla («el sueño de la razón produce monstruos») que tuvo en la demolición

del proyecto urbanístico de Pruitt-Igoe<sup>9</sup> su cara a cara con las contradicciones que no se encuentran en los planos de papel.

Continuando con los mandatos oficiales sobre cómo deberíamos vivir, se nos dice que al interior de los hogares los espacios no se mezclan o, al menos, ese es el objetivo, esa es la imagen dominante a tener en cuenta aunque se viva en condiciones completamente distintas: para dormir y tener sexo está el dormitorio, para cocinar la cocina y para comer el comedor. Es sinónimo de mal gusto y de incivilización mezclar los espacios y sus respectivas funciones. El hogar ideal debe estar habitado por una familia tipo, por ello es extraño que cohabiten personas que no estén ligadas por el contrato familiar, como hace décadas pasadas sucedía comúnmente. Esto es aceptado si se trata de un momento transitorio, como en el caso de los estudiantes que están preparándose y aspirando a incluirse a aquel «estilo de vida» normalizado y en regla, lo cual se hace evidente a la hora de alquilar una vivienda: hay empresas inmobiliarias que sólo alquilan sus inmuebles a familias o reemplazan esto con el pedido de garantías y avales que cumplen una función de resguardo económico pero, a su vez, garantizan que a la vivienda se le dará un uso acorde a las normas sociales dominantes.

Los rasgos de la arquitectura son separación y privación. El inmueble se convierte en espacio de orden público como lo es la calle. Y tal como la calle es un espacio de reordenamiento del Estado en función del Capital, un buen hogar tiene una buena familia y una buena familia es trabajadora y delega toda responsabilidad en las instituciones, la cual separa y ordena los aspectos de la vida (trabajo, escuela, arte, diversión, etc.).

Todo esto hace aparecer a la familia contemporánea como el producto de un constante trabajo, por parte del Estado, de reducción de las posibilidades, de destrucción de la sociabilidad, de atomización de la sociedad. Gloriosa figura de jardinería social de los poderes públicos, la familia celebrada como «la célula de base de la sociedad» parece ser una fase transitoria de un largo y devastador proceso de empobrecimiento de la vida comunal. (Meyer)

Los hogares estandarizados tienen múltiples cualidades positivas para el orden existente. Tanto a la hora de ser controlados, como al momento de su producción, siendo construidos bajo la repetición de cientos de casas anteriores indiferentes a sus entornos, al sentimiento de quienes las habitarán y de quienes las construyen. Tal como no debiera salirse de la norma, tampoco debe construirse una casa (u otra edificación) al margen de lo permitido. Así

---

9. Pruitt-Igoe fue un gran proyecto urbanístico inmerso programáticamente en la arquitectura moderna, que fue desarrollado entre 1954 y 1955 en la ciudad estadounidense de San Luis, Misuri. Poco tiempo después de haberse construido, las condiciones de vida en Pruitt-Igoe comenzaron a decaer; y en la década de 1960, la zona se encontraba en extrema pobreza, con altos índices de criminalidad y segregación. En 1972 —menos de 20 años después de su construcción— el primero de los 33 gigantescos edificios fue demolido. Los otros 32 fueron derruidos en los siguientes dos años. (Wikipedia)

como el Estado trata de convencernos por todos los medios que no existe nada más allá del voto y las consultas ciudadanas en el terreno de los cambios sociales —que codifica en políticos—, intentan convencernos que no existe espacio fuera de los márgenes señalados por los urbanistas.

El Capital busca controlar el espacio, así como la imagen que construimos de él. Aunque el progresismo pretenda ciudades capitalistas sin «villas de emergencia» (favelas, chabolas, cantegriles, banlieues; cada una con sus particularidades) estas están presentes como válvula de escape ante la explosión de la demanda habitacional, aceptadas a regañadientes o directamente integradas por punteros políticos o narcotraficantes, al margen de la «política oficial» (la cual precisa necesariamente de este «lado oscuro»). El control estatal se encuentra en una encrucijada en las grandes ciudades de casi todo el mundo ya que, a partir de la mitad del siglo XX, una parte significativa de la población planetaria ha ido acumulándose en estos sitios. No todo está bajo control, aunque mientras tanto diferentes brazos estatales ciudadanizan las regiones más pauperizadas de la urbe, civilizando con milicos, policías, trabajadores sociales o filántropos *ad-honorem* que reproducen la ideología del Estado.

Así como para proletarios asalariados como para quienes viven más miserablemente, lo que no puede ser disciplinado por el urbanismo se logra mediante otras instituciones o «estilos de vida» que ofrece el capitalismo: una vida amueblada a puertas cerradas, un televisor en cada casa, una lavadora, una computadora, una heladera. Y quien no pueda tener todo aquello lo tendrá al menos como referencia, intentando vivir con lo propio lo más parecido al hogar burgués, que es la regla para todo hogar. Los hogares proletarios, actualmente, son a menudo réplicas a menor escala y de menor calidad que los hogares burgueses. Pero no siempre fue así. En algún momento la burguesía se caracterizó por llevar adelante un estilo de vida propio que no era compartido por el resto de la población, quienes vivían de una manera más comunitaria, lo cual naturalmente no hace sólo referencia al espacio físico, sino al hecho de compartir tanto las comidas como la crianza de los niños, tarea de la cual hoy se ocupa la clase burguesa. Recordemos que es en el capitalismo donde la clase dominada es educada casi totalmente por la clase dominante, a través de sus escuelas —tanto privadas como estatales—, con los *mass media* como impartidores de esa ideología, o imponiendo modernos mecanismos para gestionarla libremente por los dominados, haciéndola fluir sin cuestionar su secreto contenido de clase.

El marco de vida está determinado de una vez por todas hasta en los más mínimos detalles: las tuberías del agua, del gas, la electricidad, el teléfono o la antena colectiva de televisión, reunidas en redes empotradas en las paredes, preconditionan el reparto de las diferentes habitaciones, su uso e incluso sus muebles. Cualquier cambio en la función de algunas de ellas debe realizarse mediante la violencia, valiéndose de astucias o engaños, y constituye por lo menos un signo de

no integración, de grosería, de rareza (...). La mala utilización de la vivienda, es decir, la incomprensión o la transgresión de estas múltiples prescripciones llaman necesariamente la atención y provocan la intervención de los gestores de la des-culturización, que son los trabajadores sociales. (Meyer)

A estas «incomprensiones» que atraen sobre sí la intervención de los especialistas en disciplina, podríamos sumar las actuales «medidas ecológicas» sobre el retiro de la basura de las casas, con sus horarios y hasta en su clasificación, lo que constituye una nueva herramienta de disciplinamiento y de recaudación monetaria. El negocio de la basura mueve millones y si no se colabora clasificando plásticos y papeles, se colabora en base al pago de multas que recaudará el Estado.

Reiteradas veces, el ataque de diversos gobiernos a los cartoneros o a quienes simplemente viven de los desperdicios, no es más que una lucha por la propiedad de esa basura. Mientras el gobierno no pueda hacerse cargo del reciclaje, permite y hasta alienta —se aguanta en realidad— el trabajo «ecológico» de quienes viven de la basura. Pero cuando las plantas de reciclaje ya están listas para la valorización, el negocio de la basura no puede permitirse ser saqueado por «esos mugrientos incivilizados».

Por otra parte, cabe remarcar que es con el modo de producción capitalista donde producimos estas absurdas cantidades de basura. Por lo tanto deberíamos ir a la raíz del problema: el capitalismo, incluyendo su brazo ecologista que no es más que una tropa de vendedores de humo y de disciplinadores, que cuando no son empleados directos del Estado son, nuevamente, esos activistas *ad-honorem* que antes nombrábamos.

*Cuadernos de Negación*, n° 7,  
«Un recorrido por el territorio capitalista»,  
Región argentina (2013)





<http://www.laneurosis.net/>